



DECENARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Año 1

Torca 10 de Agosto de 1896

Núm. 23

SUMARIO

Cháchara, por Juan J. Menduina.—Escena 7. Blasillo, por J. López Barnés.—D. Pedro Montiel Reverte, por Francisco Cáceres Pla.—Vibraciones, por F. Collado Salinas.—Mesa revuelta.

CHÁCHARA

Diez de Agosto. ¡Uf! ¡qué calor! ¡cómo siente el cuerpo propensiones incontrastables á la línea horizontal, cómo la pluma se escapa de entre los dedos laxos, cómo los brazos caen desmayadamente, cómo los párpados se entornan, y cómo nos sumerjimos en una, á modo de embriaguez dulcísima; y por las entreabiertas maderas de la reja y á través de la verde persiana, el sol nos envía sus rayos de fuego y oro, y el aire caliginoso de la calle, su hálito asfixiante, como de horno encendido.

Mi amigo queridísimo, el notable escritor Rodríguez Ferra, en la hermosa "Cháchara," del número precedente, entonaba un himno al calor; pero quizás por descuido, olvidó entre los beneficios que produce, el beneficio incomparable de la pereza, de esa Diosa cuyo suspiro es aroma de violetas y nardos, cu-

yos brazos, al rodear nuestro cuerpo, lo aprisionan con dulces y fuertes cadenas, cuyo seno voluptuoso, enerva con placeres inacabables, y cuyos besos ardorosos depositan en nuestros secos labios mieles letárgicas. ¡La pereza! ella es la reina de todos los estivales goces, ella preside los idilios veraniegos, ella es la musa del artista, la que le inspira reveladores ensueños, ella, en las horas de corporal desfallecimiento, puebla el espíritu de anhelos amorosos, como puebla, la mano de Dios, de estrellas el cielo; calumniada, escarnecida, siempre es soberana; impera con imperio absoluto en estos meses de rigores caniculares, y ni las brisas marinas ni las salitrosas aguas del océano, logran vencerla, que hasta el viento cede á sus halagos y el mar á sus caricias, y aquél gime aprisionado en las cavernas de Eolo; y este duerme tranquilo, recostado en la playa arenosa.

Pero es ciego empeño el empeño nuestro, intentamos evitar lo inevitable, evitando el calor y su hija predilecta la pereza; y con este loco afán, con esta ansia que nos espolea, abandonamos nuestros hogares, y como bandada de golondrinas, emigramos á las costas, buscando lo que en ninguna parte se encuentra: fresco. ¡Fresco! frescos estamos todos, los que se van y los que se

